

Desde México:

# José Venturelli, joven gigante chileno

Por Luis Enrique DELANO

MEXICO, 1950.— No hace mucho tiempo, en un artículo sobre la influencia de la pintura mexicana en Chile, mencioné entre los jóvenes artistas chilenos que se sintieron sacudidos hasta las entrañas por el concepto contenido en los murales de Siqueiros y Guerrero pintados en Chile, el nombre de José Venturelli, una de las más radiantes personalidades de la pintura chilena. Un conjunto de dibujos de Venturelli publicados en un portafolio, por la revista "Pro-Arte", me da oportunidad para hablar hoy un poco más acerca de la personalidad de este artista.

Todavía no llega a la treintena, y varios años de su vida, años de los mejores, entre los veinte y los treinta, de aquellos en que el artista vacía todo su fervor, toda su fuerza en la obra que sueña construir, han estado ocupados por una cruel enfermedad: la tuberculosis, mal que siempre hace presa en los pobres y no pocas veces en los artistas. En Venturelli el flagelo se cebó con toda su saña, interrumpiendo el desarrollo de una tarea magnífica y apasionada. Durante años se le prohibió hasta dibujar, se le sometió a dolorosas operaciones, se le amputaron costillas para que la mano médica pudiera penetrar hasta las fibras mismas de los pulmones enfermos y se le tuvo en el más completo reposo. Me cuentan que Venturelli no hacía otra cosa que pensar, que vivir interiormente su obra interrumpida y aquella por realizar y defender a todo trance el brazo con que algún día, vencido el mal, habría de cumplir su tarea de pintor.

Pero si este tiempo de derrota física fué nulo en la realización misma de su obra, no lo fué en el sentido de que el pintor no sólo es la mano que aplica los colores, sino que es también el cerebro que construye, que planea, que busca el concepto, que elige entre los dos caminos que se presentan al artista en la clásica encrucijada: decir crudamente la realidad objetiva o decir la realidad artísticamente elaborada, y que escoge asimismo entre las dos formas, también clásicas, de expresarse y vivir: como un espectador sentado en las gradas del estadio donde se libra la batalla de la vida, o como un combatiente luchando en las propias arenas de ese estadio. Y en este aspecto la obligada inmovilidad del reposo sirvió a Venturelli para encontrarse a sí mismo, para desenvolver su propia personalidad de acuerdo con sus honrados y firmes conceptos. Es posible imaginárselo, en un rincón de la cordillera chilena, donde el aire es puro y el cielo diáfano, donde las estrellas de noche se ven tan cerca que uno podría proponerse cazarlas como a pájaros, pensando, elaborando en su mente y en su corazón una obra que por entonces no podía ni siquiera soñar con esbozar: estudiando, leyendo, examinando en reproducciones la pintura de los clásicos y la de los modernos, aprendiendo la gran lección de los siglos que nos enseña que sobreviven sólo aquellos artistas que buscan en el hombre, en las cosas del hombre, en los dolores y en las esperanzas del hombre, la fuente y la razón de su obra, cualquiera que fuera la forma de su expresión. Supo Venturelli en esos años de meditación qué son las cosas fuertes como las humildes, las epopeyas como las pequeñas tragedias, Goya pintando las luchas de su pueblo y Picasso expresando en las desgarradas figuras de "Guernica" el drama actual de España, tanto como Modigliani en sus desnudos o Paul Klee en sus estudios de hojas, de pájaros, de humildes y pequeñas figuras campesinas. Sólo se quedan fuera los complicados, los snobs, los de la fórmula "el arte por el arte", los que buscan el sentido de su obra en los retorcimientos psicopatológicos, los sofisticados, los no objetivistas que pretenden que el color y la forma bastan para constituir por sí mismos la obra, los que dicen que la pintura no debe contener ideas. En fin, para englobarlos, los que buscan un pretexto para no meterse en las honduras de la realidad de la vida, los escapistas, los evasivistas.

Venturelli, después de su resurrección — pues el estado de su mal era tan avanzado que se temía que no había de sobrevivir —, una vez que pudo tomar los pinceles, venía dotado de una gran preparación ideológica y técnica para emprender su trabajo, que atacó de frente, con resolución, con apasionado amor: fueron saliendo de su estudio, dibujos, grabados en metal, acuarelas, gouaches, óleos de caballete y proyectos de murales. Alcanzó a realizar uno de éstos en el local de la Alianza de Intelectuales de Chile, pero más tarde la casa fué demolida y esa notable pintura se perdió. Autodidacta casi completo, sólo un corto tiempo frecuentó la cátedra de pintura mural de la Escuela de Bellas Artes, donde los jóvenes suelen encontrar materiales y facilidades para emprender esta clase de pintura, que es cara y difícil. Pero se decepcionó muy pronto, no de la técnica que podía aprender, sino de la ausencia de conceptos que allí encontró. Era una

pintura mural académica, insoportable para un temperamento como el suyo, fuerte, duro, decidido, pronto para lanzarse en empresas de envergadura mayor.

Por aquellos días la influencia de Siqueiros — que se hallaba en Chile — era evidente en el grupo de jóvenes pintores al que Venturelli pertenecía. Ellos querían pintar también los grandes hechos del hombre, las enseñanzas de la historia, lo positivo del pasado como un ejemplo para el salto hacia el porvenir. Y hasta emplearon la piroxidina y otros materiales nuevos, que ahora son de uso frecuente en la pintura mexicana. Venturelli tiene algunos cuadros pintados al duco. Como todos los grandes pintores, siente un amor extremo por los materiales y un ansia de conocer todos los caminos, todas las técnicas, todos los procedimientos.

José Venturelli abandonó muy pronto la Escuela de Bellas Artes para seguir trabajando solo. Obtuvo una beca en Brasil y marchó a Río de Janeiro, donde conoció de cerca la obra mural y de caballete del gran pintor Cândido Portinari, así como las realizaciones arquitectónicas de Niemeyer, muchas de ellas concebidas en estrecha relación con la pintura mural. Al volver a Chile, su salud estaba de nuevo quebrantada y debió regresar al aire puro de la Cordillera de los Andes.

¿Cómo ve Venturelli la realidad? Como algo terco y bulente, dinámico y angustioso, serio y difícil, pero dominable. Las durezas de la vida nunca están fuera de su pintura; los desgarramientos, los dramas, el hambre, las sequías, los sombríos fenómenos de la realidad chilena, por estos días tan tenaces y odiosos, se reflejan en sus cuadros y en sus dibujos de un modo obsesionante y casi angustioso. Pero no es Venturelli un simple expositor de miserias, de horrores y de calamidades. Por más que la realidad que retrata conscientemente en su obra sea la dura realidad chilena del momento, la realidad de la sociedad de Chile, basada en una economía de tipo semi-feudal, sus obras no son sólo un muestrario de angustia y desesperanza. A pesar de su pincel sombrío, nacido así como un reflejo del ambiente, hay en sus cuadros una marcada tendencia humana. Sus figuras están pintadas no con odio por la raza humana, ni con desprecio por ella, sino con amor. Pero hay distintas formas de sentir amor y el de Venturelli por el hombre es un amor militante, no contemplativo ni caritativo, sino un amor solidario. Cuando dibuja un minero de rostro famélico, en medio del desierto pedregoso del norte de Chile, no hay lástima del artista hacia el minero, sino solidaridad con él e identificación. Y hay también una esperanza. El que escribe para el pueblo, el que pinta para el pueblo, no puede limitarse a la parte expositiva de los problemas, sino que tiene que mostrar también la esperanza. No se debe hablar nunca de guerra, sin hablar de paz; no se debe hablar de dolor, sin hablar también de alegría. Para nosotros, la realidad chilena de hoy es difícil, pero más allá vemos la aurora de una tierra mejor, limpia, abundante y libre.

Venturelli es, conceptualmente, a la pintura chilena lo que Neruda es a la poesía. La aparición de este joven me recuerda también la llegada de Neruda a la literatura, por el ímpetu, por la tremenda fuerza del estallido. Hay entre ellos otros puntos de contacto, que sería largo señalar. Las ilustraciones hechas por Venturelli a dos poemas de Neruda, "Los Muertos de la Plaza" y "Alturas de Macchu Picchu", muestran una comprensión grande de parte del joven pintor hacia la obra del poeta, hoy en su madurez más espléndida.

El portafolio de Venturelli que nos llega de Chile, editado por "Pro-Arte", titulado "Hoy es todavía", se compone de seis dibujos a tinta, realizados con fuerza y claridad. Casi todos ellos, de limpio trazado, muestran figuras del pueblo chileno, figuras famélicas y desesperadas, en lucha contra el destino. "Las lágrimas para el camino" presenta un minero en el desierto, en el seco desierto del norte de Chile, arrodillado y llorando; pero en su puño derecho, apretado, hay resolución y energía. "Es odio esta angustia", es un conjunto familiar con cuatro figuras: una mujer con un niño muerto en los brazos, mientras dos criaturas raquíticas y hambrientas se aprietan contra ella; "Sólo nos queda lo que hemos dado", presenta en primer plano un caballo muerto, muerot de sed. Detrás, las sombrías figuras de una familia y algunos buitres esperando. Está inspirado y seguramente en las sequías que agobiaron la región chilena llamada el Norte Chico, matando el ganado y secando árboles y plantas. "Hoy es todavía", el dibujo que da título al portafolio, muestra a dos mineros en el desierto, rodeados de piedras esteriles; en el quinto dibujo, "Los mejores los buenos", uno de los más admirables por su síntesis y por su clara intención política, se ve a dos mujeres, una llorando, la otra clamando al cielo con sus brazos levantados, mientras una mano crispada y dos pies vencidos aportan la idea de la muerte, de la muerte violenta. Cierra el portafolio el dibujo "Un grano de amor, no un mar de olvido", una pareja humana abrazada, con el profundo amor de los pobres.

Impresos sobre papel brillante, los dibujos se caracterizan por un empleo adecuado y sabio de luces y sombras. Los medios-tonos, muy escasos, son logrados a base de líneas delgadas y simples. Podrían ser grabados en madera si no fuera por la gran cantidad de superficies blancas. Y grabados de la más alta calidad, a la altura de los de Leopoldo Méndez y los mejores artistas mexicanos. Podrían también ser grabados en metal, reemplazando las zonas blancas por el gris natural que deja la plancha metálica. Pero son simplemente dibujos, dibujos de una severa calidad, de un asombroso poder de sugerencia, de una magnífica grandeza. Y son además como una síntesis del pensamiento de Venturelli frente al arte. Después de examinarlos no habría necesidad de preguntarle qué quiere, adónde va, cuál es su posición ante la vida y ante la obra artística. Nótese que el propio título del conjunto, "Hoy es todavía", representa en sí la resolución, la aptitud para la batalla. Hoy es todavía, es decir, todavía es tiempo. Todo es oscuro y doloroso, pero aún es tiempo de luchar para buscar la luz, para hacer brotar del fondo de la sombra, el relámpago de la claridad y la esperanza.

Me pregunto dónde llegará este joven gigante de la pintura chilena, en el tiempo de su madurez. Me dicen que pronto irá a París, y aunque París ha dañado a una generación entera de artistas de mi país, que viven hoy en medio de un trasnochado impresionismo, no temo por Venturelli. Los factores negativos de la escuela de París no van a malograrlo, indudablemente, porque ya sabe cuál es su camino, el único para un artista de estos días identificado con su pueblo, el camino por el cual ya da sus primeros pasos: el camino del realismo socialista.

## Punta seca

por DR. BÜRIL

UNA NUEVA TEMPORADA

El término de las celebraciones de Samana Santa, trae anualmente la reanudación de las actividades plásticas: aquello que se da en llamar la "temporada". Abril señala el comienzo del acontecimiento. Y todos aquellos deseos que se expresan, en virtud de la noble convivencia humana al comienzo de cada nuevo año: felicidades, prosperidad, parabienes, etc., las expresamos ahora nosotros, desde esta columna destinada a marginar

Y hablando de crítica, no podemos menos que desear que ella se mantenga en un plano de seriedad y competencia esenciales. Competencia; es sólo ésto lo que reclamamos. "El difícil arte, de enseñar a ver el arte" es una misión tanto o más delicada que la misma actitud del creador puro. Es por eso, que ante ciertos cronistas, que hacen profesión de incompetencia, al declarar abiertamente que no entienden ciertos postulados estéticos o ciertos movimientos nuevos, y se dedican a hacer absurdas comparaciones con el arte culinario, por ejemplo, o que tratan de anteponer sus gustos personales, ante el reconocimiento unánime de los que verdaderamente entienden estas cosas, es que la desilusión cunde a veces entre quienes piensan en una recuperación